**FUNDACIÓN EMILIO KOMAR**

***La luz de la verdad***

**Segundo tema**

**La luz de la verdad en Pavel Florenski**

**Fuente: Pavel Florenski *La columna y el fundamento de la verdad***, Salamanca, Sígueme, 2010

**Interés de la obra**

1.“«La experiencia religiosa viviente como único medio legitimo para el conocimiento de los dogmas»: así quisiera expresar la intención general de mi libro o, más exactamente, de estos esbozos míos, escritos en distintos momentos y con diversas disposiciones de ánimo.” p. 35

**Los dos mundos**

2.“Existen *dos* mundos, y *este* mundo acaba siempre desmoronándose por las contradicciones, a menos que viva de las fuerzas del *otro* mundo.” (p. 419)

**La duda/ La fe**

3.“En la vida, ciertamente, todo vacila, todo es movedizo como los trazos flotantes de un espejismo. Del fondo del alma, sin embargo, se eleva la necesidad irreprimible de apoyarse sobre «la Columna y el Fundamento de la Verdad» (1 Tim 3, 15) […] se trata […] no de una verdad entre otras, de una verdad humana particular y fragmentaria que se agita y se dispersa como el polvo arremolinado por el soplo del viento en las montañas, sino de *la* Verdad única y divina, de la verdad luminosísima, de aquella «Justicia»[[1]](#footnote-1) que, según un poeta antiguo, es «el sol del mundo».” (Cfr. Eurípides, *Medea,* Acto III, escena 10) (p. 43)

4.Luego de reconocer entonces, la situación ontológica de débil incertidumbre del hombre y sus necesidades, Florenski se pone en disposición, como un nuevo Descartes, o mejor aún, como un nuevo san Agustín, de sacrificar todo el saber al beneficio de la duda como precio a pagar para satisfacer esa necesidad irreprimible de Verdad, de Certeza en la que apoyarse. Efectivamente, su carta segunda se titula “La duda”. Es una carta poblada por callejones sin salida, por paredes con las que el lector se da de bruces. Acceder con certeza a la verdad parecería en ella algo imposible para las exigencias del dinamismo propio de la inteligencia que se despliega con las herramientas de la intuición y la demostración. El ser humano necesita demostrar todo racionalmente para saberse en los dominios de la certeza y como la demostración de una preposición siempre lleva a la necesidad de demostración de una tercera, la pretensión de demostración absoluta se disuelve en el infinito. Por su parte la intuición en su atomicidad tampoco alcanza para satisfacer su necesidad de certeza universal. Pero, ¡intuición y discurso son los instrumentos con los que contamos! Luego la certeza parece imposible… Este punto de llegada hunde en la desesperación escéptica aquella búsqueda irrenunciable.

Se impone entonces *salir* de este círculo interior de desasosiego. Ir *fuera*[[2]](#footnote-2). Y para ello se sirve Florenski de una reflexión sobre el acto propio del conocimiento que es esencialmente extático, intencional. ¿Acaso el conocer mismo no es un *salir*? Es aquí donde interviene aquella *forma mentis* que profundizamos la vez pasada

**Verdad/Amor/Belleza**

5.“El conocimiento consiste en la *salida* real de sí del sujeto cognoscente, o lo que es lo mismo en la *entrada* real de lo conocido en el que conoce: el conocimiento es la unión real del que conoce y de lo conocido. Esta es la afirmación fundamental y característica de toda la filosofía rusa y en general la oriental. […] “el corazón y el alma de esta «salida de sí mismo» se encuentran en el acto de *fe* en sentido religioso y ortodoxo, porque la *verdadera «*salida» es precisamente la *fe*, y todo el resto podría no ser más que ensoñaciones o seducciones malignas.” (p. 94)[[3]](#footnote-3)

6. “Así, el conocimiento no supone la posesión de un objeto inanimado por parte de un sujeto cognoscente rapaz, sino que es una *comunión* moral viviente entre personas […] El conocimiento substancial de la Verdad, es decir la comunión con la Verdad misma, supone por consiguiente la entrada real en las entrañas mismas de la Tri-Unidad divina […] por eso el conocimiento verdadero, que es conocimiento de la Verdad, sólo es posible por la *transubstanciación* del hombre, por su divinización […] el conocimiento y el amor, no son sino *aspectos* diversos de un único e idéntico hecho cargado de misterio: la entrada de Dios en mi como sujeto que filosofa y mi entrada en Dios como Verdad objetiva.” (p. 94)

7. “Lo que para el sujeto de conocimiento es verdad, para el objeto de conocimiento es amor hacia él, y para el que contempla el conocimiento (el conocimiento del objeto por el sujeto) es belleza. […] «La Verdad, el Bien y la Belleza»: esta tríada metafísica representa no tres principios diferentes, sino uno solo. Se trata de una *misma vida espiritual,* pero considerada desde diversos puntos de vista. […] La verdad manifestada es el amor. El amor realizado es la belleza. Mi propio amor es la actuación de Dios en mí y mi actuación en Dios; esta actuación común es el principio de mi comunión con la vida y con el ser de Dios, es decir, de mi comunión con el amor efectivo, porque la veracidad incondicional de Dios se revela precisamente en el amor.” (p. 95)

**Eficiencia ontológica del amor personal**

8. “El *amor* de Dios pasa hasta nosotros, pero el conocimiento y el gozo contemplativo siguen permaneciendo en Él.” (p. 95)

9. […] Con otras palabras: el amor cristiano tiene que ser liberado en el modo más indiscutible del dominio de la psicología y traspasado a la esfera de la ontología. Y solamente teniendo en cuenta esta necesidad podrá comprender el lector que todo lo que hemos dicho sobre el amor, así como aquello que nos resta aún por decir, no es una metáfora, sino la expresión exacta de nuestro pensamiento.” (p. 101)

**La energía creadora del Amor divino de la cual participamos**

10.“El conocimiento de Dios por parte del hombre aparece y se manifiesta como no puede ser de otro modo, como un amor activo hacia la creatura, porque esta representa algo que *ya* me está dado en la experiencia inmediata. Y este amor manifestado hacia lo creado es contemplado objetivamente como belleza (…) Aquello que causa alegría es llamado *belleza*; el amor como objeto de contemplación es belleza.” (p. 101)

11. “Mi vida espiritual, mi vida en el Espíritu, que se va realizando en la medida de mi «asemejarme a Dios», es belleza, aquella misma belleza de la criatura recién venida a la luz, de la cual se dijo: «Y vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno» (Gn 1, 31)” (p. 101)

8. “Amar al Dios invisible significa descubrir pasivamente ante Él el propio corazón y esperar Su revelación activa, para que la energía del amor divino descienda al corazón: «La causa del amor a Dios es Dios –Causa diligendi Deum Deus est», dice Bernardo de Claraval. Por el contrario, amar a una criatura visible significa permitir a la energía divina recibida manifestarse atravesando al que la recibe, irradiando hacia fuera y a su alrededor, del mismo modo como actúa en la Divinidad Trihipostática misma; es permitirle pasar a otro, llegando al hermano. Para los esfuerzos meramente humanos, *el amor al hermano es absolutamente imposible*. Es la obra de la fuerza de Dios. Amando, amamos por Dios y en Dios.” (p. 101-102)

12. “(…) si amo, entonces he entrado en comunión con Dios, le conozco; y si no amo, entonces no he entrado en comunión y no conozco. Hay una directa dependencia entre el conocimiento y el amor a lo creado. El centro de irradiación de ambos es mi permanencia en Dios y Dios en mí.” (p. 102)

13. “El que ama ha pasado de la muerte a la vida, del reino de este siglo al Reino de Dios. Se ha hecho «partícipe de la naturaleza divina –ϑείας κοινονός φύσεωϛ» (2, Pe 1, 4). Ha emergido en el nuevo mundo de la Verdad, donde puede crecer y desarrollarse; en él permanece el germen de Dios, el germen de la vida divina (1 Jn 3, 9), la semilla de la Verdad misma y del conocimiento auténtico.” (p. 102)

14. “«Quien dice que está en la luz (en la verdad) y aborrece a su hermano, está aún en las tinieblas (en la ignorancia). (1Jn 2, 9) […] La Luz es la Verdad, y esta Verdad se manifiesta con certeza: el modo de su traspaso a otro es el amor.” (p. 104-105)

15. “El amor al hermano es una *manifestación* a otro, el *traspaso* a otro, como un *influjo* sobre él, de aquella entrada en la vida divina que en el mismo sujeto que accede a la comunión con Dios es percibida como conocimiento de la Verdad. La naturaleza metafísica del amor se manifiesta en la superación (de un modo que está por encima de la lógica) de la autoidentidad vacía «Yo=Yo», y en la salida de *sí mismo*; y esto se produce cuando la fuerza divina, que rompe los lazos de la aseidad humana y finita fluye hacia lo otro y lo penetra. […] En *el otro*, por medio del propio abajamiento, la forma o imagen de mi ser encuentra su «redención», es rescatada del poder de la autoafirmación pecaminosa, es liberada del pecado de la existencia solipsista del que hablaban los pensadores griegos. [en relación al fragmento de Anaximandro] (…) El amor es el «sí» que el Yo se pronuncia a sí mismo. (…) Es el amor el que reúne los dos mundos: «El hecho de que aquí se esconda un misterio es lo que constituye su grandeza: la imagen transitoria de la tierra y la Verdad eterna se han abrazado mutuamente en él.» (Zózima, *Los hermanos Karamazov*). “(p. 108)

**La belleza luminosa del Santo**

16. [El que ha realizado el salto ascético][[4]](#footnote-4) “Por medio del Hijo recibe el Espíritu Santo y entonces en el Paráclito, contempla la inefable belleza del ser de Dios, experimenta un gozo que conmueve de modo inexplicable, *viendo*, en el interior de su corazón de carne *la luz espiritual*, o la «luz del Tabor» y así él mismo se vuelve espiritual y bello. De esto nos habla, por ejemplo, el tropario de San Sergio de Radónezh: «Ha venido a habitar en ti el Espíritu santísimo, y *por su acción estás adornado de luz*» Aquí el Espíritu Santo es calificado directamente como la Fuente y la Causa de la belleza luminosa del santo.” (p. 111)

17. “La idea de la luz de la gracia es uno de los motivos *fundamentales*, que no son muchos, de toda la liturgia, porque esta ha sido compuesta por personas verdaderamente pneumatóforas, familiarizadas por su propia experiencia con el conocimiento de Dios. Sí, la luz espiritual…” (p. 112)

18. “Aquí el Espíritu Santo es calificado directamente como la Causa de la belleza luminosa del santo. $«$La luz espiritual», acompañada a veces por el «calor» y el «perfume» espirituales: he aquí la intuición racional que buscábamos, la intuición que incluye en sí misma la serie de los elementos que la fundamentan, la *belleza* perfecta como síntesis del dato concreto absoluto y de la justificación racional absoluta. La luz espiritual es la luz de la misma Divinidad Trihipostática, la esencia divina que no viene meramente dada como un hecho externo, sino que es dada en sí misma. […] aquella luz en cuya visión se alcanza la contemplación de Dios y que es por eso nuestra salvación, ya que no podemos vivir fuera de Dios. ¿No reza acaso el cristiano ortodoxo? «Sálvame en tu resplandor»” (p.110-111)[[5]](#footnote-5)

19. **Relato de Motovilov citado por Florenski, p.116-118**

“Entonces el Padre Serafín me tomó por los hombros y apretándolos muy fuerte dijo:

– Los dos estamos, tú y yo, en la plenitud del Espíritu Santo. ¿Por qué no me miras?

– No puedo, Padre, miraros. Rayos brotan de vuestros ojos. Vuestro rostro se tornó más luminoso que el sol. Tengo mal los ojos.

El Padre Serafín dijo: No tengáis temor, amigo de Dios. También vos os habéis tornado luminoso como yo. También estáis presente en la plenitud del Espíritu Santo, de otro modo no habríais podido verme.

Inclinando su cabeza hacia mí, él me dijo al oído: Agradezcamos al Señor el habernos acordado esta gracia indecible, por la cual, como habéis visto, ni siquiera hice la señal de la cruz, si no, apenas oré, con mi pensamiento en el corazón: “Señor, hacedme digno de ver claramente, con los ojos de la carne, el descenso del Espíritu Santo, como Tus servidores selectos, cuando Te dignas aparecer ante ellos en la magnificencia de Tu gloria.” E inmediatamente Dios acogió la humilde plegaria del miserable Serafín. ¿Cómo no agradecerle por este extraordinario don que nos acuerda a los dos? No siempre Dios manifiesta de este modo Su gracia a los grandes eremitas. Como una madre amante, esta gracia consuela vuestro corazón afligido, ante la plegaria de la misma Madre de Dios. ¿Pero por qué no me miráis a los ojos? Osad mirarme sin temor, Dios está con nosotros.

Después de esas palabras, alcé mis ojos hacia él y, nuevamente, un gran temor se apoderó de mí. Imaginaos el rostro de un hombre que os habla envuelto por los rayos del sol del mediodía. Veis el movimiento de sus labios, la expresión cambiante de sus ojos, escucháis el sonido de su voz, sentís la presión de sus manos sobre vuestros hombros, pero al mismo tiempo no percibís sus manos, ni su cuerpo ni el vuestro, nada más que una brillante luz que se propaga alrededor, a una distancia de muchos metros, aclarando la nieve que recubre la pradera y cae sobre el gran *staretz* y sobre mí mismo.

– ¿Qué sentís ahora? preguntó el Padre Serafín.

– Me siento extraordinariamente bien.

– ¿Cómo “bien”? ¿Qué queréis decir por “bien”?

– Mi alma está llena de silencio y paz inexpresables.

– Esta es, amigo de Dios, la paz de la que el Señor hablaba cuando decía a sus discípulos “Os doy mi paz, que no es la de este mundo… Si fuerais de este mundo, este mundo os amaría. Pero os he elegido y el mundo os odia. Sin embargo, estad sin temor ya que yo vencí al mundo (Jn 14,27; 15,19 y 33). A estos hombres, elegidos por Dios, pero odiados por el mundo, Él les dio la paz que sentís en el presente, “esta paz, dijo el Apóstol, que supera todo entendimiento” (Flp 4,7). El Apóstol la llama así porque ninguna palabra puede expresar el bienestar espiritual que siente aquel corazón donde el Señor implantó Su paz (Jn14,27). Fruto de la generosidad de Cristo y no de este mundo, ningún bienestar terrenal puede darla. Enviada desde lo alto por Dios mismo, ella es la Paz de Dios… Y ahora, ¿qué sentís?

– Una dulzura extraordinaria.

– Es la dulzura de la que hablan las Escrituras. “Ellos beberán el brebaje de Tu casa y Tú los saciarás con los torrentes de Tu dulzura” (Sal 36/35,9). Ella desborda nuestro corazón, se derrama en nuestras venas, procura una sensación de delicia inexpresable… ¿Qué sentís, ahora?

– Un goce extraordinario en todo mi corazón.

– Cuando el Espíritu Santo desciende sobre el hombre con la plenitud de Sus dones, el alma humana se llena de un goce indescriptible, el Espíritu Santo recrea en el goce todo lo que toca. De este goce habló el Señor en el Evangelio cuando dijo: “Una mujer que pare está en dolor, habiendo llegado su hora. Pero poniendo un niño en el mundo, ella no se acuerda más del dolor, tan grande es su goce. También vos habréis de sufrir en este mundo, pero cuando os visite, vuestros corazones estarán en el goce, nadie os lo podrá arrebatar” (Jn 16,21-22).

Por más grande y consolador que sea, el goce que sentís en este momento no tiene comparación con aquel del cual el Señor dijo, por intermedio de Su Apóstol: “El goce que Dios reserva a los que lo aman, está más allá de todo lo que puede verse, escucharse y sentirse a través del corazón del hombre en este mundo” (1Cor 2,9). Lo que se nos acordó en el presente no es más que una cantidad a cuenta de este goce supremo. Y sí, desde ahora, sentimos dulzura, júbilo y bienestar, ¿qué decir de ese otro goce que nos está reservado en el cielo, después de haber llorado aquí abajo? Ahora, amigo de Dios, nos toca obrar con todas nuestras fuerzas para subir de gloria en gloria y “constituir ese Hombre perfecto, en la fuerza de la edad, que realiza la plenitud de Cristo” (Ef 4,13). “A los que esperan en el Señor, les nacen alas como a las águilas, caminan sin cansancio y corren sin fatiga; ellos renuevan sus fuerzas. (Lc 40, 31). “Ellos marcharán de altura en altura y Dios se les aparecerá en Sión” (Sal 84/83, 8). Entonces nuestro goce actual, pequeño y breve, se manifestará en toda su plenitud y nadie podrá arrebatárnoslo, llenos como estaremos de indecibles voluptuosidades celestiales… ¿Aún sentís algo, amigo de Dios?

– Un calor extraordinario.

– ¿Cómo, un calor? ¿No estamos en el bosque, en pleno invierno? La nieve está bajo nuestros pies, estamos casi cubiertos por ella y continúa cayendo… ¿De qué calor se trata?

– De un calor comparable al de un baño de vapor.

– ¿Y el olor es como el del baño?

– ¡Oh no! Nada sobre la tierra puede compararse a este perfume. Recuerdo que, cuando mi madre vivía, yo amaba danzar; y siempre que iba a los bailes, ella me rociaba con perfumes que compraba en los mejores negocios de Kazán. Pero su aroma no era comparable al que ahora percibo.

– El Padre Serafín sonrió.

– Lo sé, mi amigo, tan bien como vos, y es por eso que os lo pregunto. Es verdad –ningún perfume terrenal puede compararse al lindo olor que respiramos en este momento– el buen olor del Espíritu Santo. ¿Qué puede ser semejante a él sobre la tierra? Dijisteis hace un instante que hacía calor, como en el baño. Pero mirad, la nieve que nos cubre, a vos y a mí, no se derrite, así como la que está bajo nuestros pies. Entonces, el calor no está en el aire sino en nuestro interior. Este calor es el que pedimos al Espíritu Santo en la plegaria: “¡Que tu Espíritu Santo nos caliente!” Este calor permitía a los eremitas, hombres y mujeres, no temer al invierno, envueltos como estaban, en un tapado de piel, en una vestimenta tejida por el Espíritu Santo.”

20. Florenski termina la carta con un texto de san Agustín: “«Sintiendo la necesidad de volver a mí mismo, entré guiado por ti en mi mundo interior; y pude hacerlo porque tú te hiciste mi ayuda. Entré y vi con el ojo de mi alma, comoquiera que él fuese, una luz inconmutable por encima de este ojo de mi alma, por encima de mi mente. No era esta luz algo vulgar y visible para toda carne. Era más poderosa que la luz del sol, pero no porque resplandeciese de un modo más claro u ocupase todo por medio de su masa. No era esto aquella luz, sino cosa distinta, muy distinta de todas las demás. Ni estaba sobre mi mente como está el aceite sobre el agua o el cielo sobre la tierra: estaba sobre mi porque ella me ha creado, y yo debajo por ser hechura suya. *Quien conoce la verdad conoce esta luz, y quien la conoce, conoce la eternidad. La Caridad es quien la conoce.* ¡Oh, eterna Verdad y verdadera Caridad y amada Eternidad! Tú eres mi Dios; por ti suspiro día y noche, y cuando por vez primera te conocí tú me tomaste para que viese que existía lo que había visto, mientras que yo que he visto, todavía no existo… Y tú me gritaste de lejos: *Yo soy el que soy,* y lo oí como se oye interiormente el corazón, sin quedarme lugar alguno para la duda: más fácilmente dudaría de mi propia vida que no de que existe la Verdad, que se percibe por la investigación de las cosas creadas.» (*Conf.* 7, 10)” (p, 120)

1. La palabra правда (pravda) menta en ruso a la vez justicia y verdad. Seguramente Florenski se refiera aquí a esa significativa dualidad. [↑](#footnote-ref-1)
2. En la carta II, “La duda”, Florenski concluye por distintas razones y sesudas argumentaciones que invito al lector a transitar por su cuenta, en que, *si existe* la Verdad esta debería ser trina: “«La verdad es intuición-discurso» […] La *intuición discursiva* debe contener en sí misma sintetizada, la serie infinita de sus fundamentos: el *discurso intuitivo* debe poder sintetizar toda la serie ilimitada de sus pruebas en algo finito, en una unidad, en algo que sea único. […] la Verdad porta consigo toda la plenitud de la serie infinita de sus fundamentaciones, la profundidad de su propia perspectiva. Ella es el sol que, por medio de sus rayos, se ilumina a sí misma y a todo el universo. […] Ella es la unidad de los contrarios. Es la *coincidentia oppositorum* […] El carácter de autodemostración y autofundamentación inherente al Sujeto de la Verdad se resuelve en su relación con el tercer elemento, «El» por medio del «Tú». […] La verdad es la contemplación de Sí mismo por medio del Otro en el Tercero.” (p. 69; 73) La carta III, la dedicará al tema de la unidad trinitaria, siempre en términos hipotéticos: *si existe* la Verdad, esta debe ser Una y Trina. La carta IV se encuentra en la línea de anular el condicional. [↑](#footnote-ref-2)
3. Sostiene Florenski en el posfacio “El presente trabajo, en el conjunto de su desarrollo, representa un intento por responder a este interrogante:

¿Cómo es posible la razón?

A esta pregunta hemos respondido: «La razón es posible no en sí misma, sino por el objeto de su pensamiento […] La razón es posible si les es dado el Infinito Actual Absoluto» […] Se ha mostrado que este Objeto del pensamiento que hace posible la razón es la Unidad Tri-hipostática. La Unidad Trina, que es el objeto de toda teología, el tema de toda liturgia y finalmente el precepto que orienta la conducta de toda la vida, representa también Ella misma *la raíz de la razón.* El entendimiento es posible porque existe la Triple Luminaria, y lo es en la medida que vive de su Luz.” (p. 423)

 “Para llegar hasta la Verdad es necesario renunciar a la propia aseidad, es necesario salir de sí mismo; pero esto supone para nosotros algo absolutamente *imposible*, porque somos carne. Pero, repito, ¿cómo es posible entonces, en estas condiciones, asirse a la Columna de la Verdad? No lo sabemos y no lo podemos saber. Sabemos solamente que a través de las fisuras entreabiertas de la razón humana se vislumbra el azul de la Eternidad […] Y sabemos que «el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y no el Dios de los filósofos y de los sabios», viene hasta nosotros, se aproxima al lecho en que yacemos en la noche, nos toma de la mano y nos conduce de un modo que ni siquiera habríamos podido imaginar.” (2010, 423-424) [↑](#footnote-ref-3)
4. “Precisamente por eso los santos padres llamaban a la *ascesis*, en cuanto actividad dirigida a la contemplación de la luz inefable por el Espíritu Santo, no una ciencia y ni tan siquiera un trabajo moral, sino un *arte*; es más: la ascesis era para ellos el arte por excelencia, «el arte de las artes» […] Y de hecho la ascética no está dirigida a formar al hombre «bueno», sino *bello;* el rasgo característico de los santos ascetas no es en modo alguno la «bondad», que se encuentra también en hombres carnales, incluso en pecadores habituales: es la *belleza* espiritual, la belleza deslumbradora de una persona resplandeciente, portadora de luz.” (p. 113) [↑](#footnote-ref-4)
5. Es interesante recorrer la nota 127: allí Florenski enumera en relación con el tema de la luz una gran cantidad de lugares en la obra de Dostoievski en los que se refiere a la luz del ocaso. “Este rayo del sol del ocaso es el símbolo de nuestra relación con el otro mundo” (p. 558) [↑](#footnote-ref-5)